

Galicia en la cartografía lingüística

MANUEL ALVAR

Universidad Complutense de Madrid

En el desarrollo de la Geografía Lingüística, Galicia ha contado en diversos proyectos. Cincuenta y dos localidades de la región fueron incluidas en el *ALPI*¹. Y estos datos son —hoy por hoy— los que permiten, a pesar de la pobreza de los materiales publicados, hablar de una geografía lingüística regional. En otros intentos, la región ha de estar representada: en 1957, Paiva Boléo, Herculano de Carvalho y Lindley Cintra hablaron del *Proyecto de un Atlas Lingüístico-Etnográfico de Portugal e da Galiza*, que ahora parece reavivarse; hoy, al plantearse el *Atlas Plurilingüe de Europa (ALE)*, la región debe ser investigada en 62 puntos². Nos encontramos, pues, con tres proyectos de los que disponemos —sólo— de 75 mapas: material exiguo si pretendemos llevar a cabo alguna investigación coherente. No podemos, pues, hablar de otra cosa que de conatos, pero la deficiencia de hoy puede hacernos meditar y conseguir los mejores frutos de una situación que —de no sentir la llamada de la esperanza— sería descorazonadora. Pues hay que volver, una y otra vez, a trabajos de años atrás, cuando los discípulos de Krüger llevaban a cabo una tarea benemérita, cuando algún catedrático de la Facultad santiaguesa elaboraba monografías parciales o cuando los eruditos de la región acopiaban sus informes siempre bienvenidos.

Sin embargo, algo distinto atrae nuestra atención ahora. Tesis doctorales como las de Blanco Carril sobre la fonética y fonología de Orense, de Porto Dapena sobre el Ferrol, la de M.^a del Carmen Enríquez sobre O Grove, son ya una llamada hacia nuevos planteamientos; los estudios de fonología de Amable Veiga están dentro de la mejor elaboración científica; las fuentes medievales son ejemplarmente editadas (pienso, sobre todo, en los trabajos de Pensado y de Ramón Lorenzo). Algo es esto. Pero la esperanza se ilumina con una luz más consistente: en torno a la cátedra de Filología Románica de la Universidad santiaguesa ha surgido un ancho campo de preocupaciones: el primer texto para la enseñanza del gallego, un proyecto de diccionario, una serie de tesinas extendidas por buena parte de Galicia: Melide, Novedades, Razo, Dumbría, Laxe, Curtis, Caaveiro, Sada, Escarabote, Toba (La Coruña). Ferreira do Valadouro, Guitiriz, Guntín, Monterroso, Pereiramá, El Valle de Burón, Pedrafita do Cebreiro (Lugo); Montederramo, Castrocaldelas, A Gudiña, Vilardevós, A Mezquita (Orense); Goyán y

¹ Distribuidas así: 15 de La Coruña, 13 de Lugo, 11 de Orense y 13 de Pontevedra.

² Uno por 500 Km.², densidad mayor a la del *ALPI* (1 por Km.²).

Vila de Cruces (Pontevedra). Incluso alguna de estas monografías se están elaborando como tesis doctorales; así las de Feás (Coruña) y Suarna (Lugo).

Son estos trabajos monográficos los que nos hacen pensar en el brillante porvenir de la dialectología y la geografía lingüística gallega. Tarde llega el gozo, pero no por eso menos consolador. Pensemos en la gran tarea que cumplieron los filólogos catalanes o las nutridas aportaciones de los españoles que hablamos castellano. En el concierto, nos faltaba Galicia. Quisiera meditar sobre este problema.

Porque en tanto proyecto como he señalado (*ALPI*, *ALEPG*, *ALE*) nosotros no debemos ver agotada la aportación gallega. El día que cada uno de esos intentos se haya cumplido —y no deja de ser grande mi optimismo— ¿hasta qué punto sabremos mucho de Galicia? ¿Hasta qué punto Galicia no necesitará su Atlas, propio, independiente de los demás? Es esta una cuestión sobre la que quisiera llamar la atención.

He dicho en otras ocasiones que ha pasado la época de los grandes Atlas nacionales³. Afirmación que cada vez se hace más clara, aunque crea en la posibilidad de otro tipo de Atlas para un gran dominio. Si no tuviera fe en ello, no hubiera aceptado organizar más de mil encuestas en todas las lenguas peninsulares para el *ALE*. Un Atlas nacional, de gran dominio o como queramos llamarlo, plantea unos problemas distintos que los llamados Atlas regionales. ¿Qué significará la personalidad diferenciadora de Galicia en un Atlas que llegue hasta el Algarve? ¿Qué podrá decir en el conjunto de todas las lenguas de Europa? Ciertamente que su presencia es absolutamente imprescindible, pero, no menos cierto, conforme trabajamos en macrodominios vamos sacrificando lo estrictamente peculiar: de otro modo, no cabría hacer comparaciones.

Esto se ve muy bien en el único Atlas que poseemos. En el *ALPI*, Galicia está representada de una manera digna. Ahora bien, tan pronto como pretendamos estudiar su realidad intrínseca, no tanto la de contraste con las otras regiones peninsulares, veremos cuán insatisfactorios son los resultados. Entonces echamos en falta ese Atlas regional que —solidario de los otros Atlas regionales— debería colaborar en la gran tarea de la geografía lingüística ibero - románica, pero afirmando los instrumentos de trabajo que exige el conocimiento de la propia Galicia.

Porque es necesario volver a algo que ya queda dicho. Sólo poseemos 75 mapas que nos puedan acercar de una manera global a los problemas de la geografía peninsular. Un análisis de ellos puede ser útil en este momento en que se trata de hacer inventario de conocimientos. No pretendo reducir la investigación lingüística a —tan sólo— cartografía lingüística, ni pienso que aquí se acaben nuestras tareas. Veo un método —éste— y los resultados que de él podemos obtener. Pero tampoco creo que sea útil buscar en la geografía lingüística aquello que la geografía lingüística no quiere ni puede dar. Pero sí recomiendo ahora la preparación de un Atlas de Galicia es porque los frutos serían inmediatos —y el tiempo no nos permite dilaciones—, el material allegado resultaría abrumador, se salvarían cosas en trance de perderse para siempre y comprobaríamos cómo la obra

³ *Estructuralismo, geografía lingüística y dialectología actual*, Madrid, 1969, p. 167.

bien hecha trasciende de su propia contingencia: cuando se prepararon los Atlas lingüísticos que poseemos, nadie pensó en que serían los instrumentos más eficaces para estudiar fonología, estructura de vocabulario, semántica funcional, polimorfismo,... Nadie lo pensó porque científicamente aún no se habían motivado, y, sin embargo, la geografía lingüística ha resultado insustituible para éstas y otras muchas cosas.

Un Atlas lingüístico nos da la visión inmediata y simultánea de los problemas. Esto se puede comprobar con un repertorio como el *ALPI*, donde se recogen —hasta este momento— 75 mapas de valor muy heterogéneo. Tal vez en ellos resulte espectacular la distribución de áreas léxicas (o de fenómenos hoy lexicalizados) del tipo de los que oponen los *aceiro*, *aire*, *chíncha* o *chínchara*, *cincha*, *cuitelo*, (*d*)*espido* “desnudo” de Galicia a los *aço* (mapa 9), *are* (14), *percevejo* (45), *silla* (46), *faca* (58), (*i*)*nu* (66)⁴ y *dívedes* (67) de Portugal. Del mismo modo, rasgos fonéticos muy diferenciados vienen a establecer una clara oposición entre las dos áreas del dominio. No me ocupo ahora de la oposición —s— sorda (gallego) ↷ —z— sonora (portugués) de la que hablaré inmediatamente, sino de otros fenómenos como la infijación nasal que separa las dos variedades (*inšada* en el N. de Portugal⁵, *aišada* en Galicia, mapa 22), la igualación l=r en el grupo bl— inicial (*branco* en portugués, *blanco* en gallego⁶), la —l— velar intervocálica con que en portugués se pronuncian *cabalo* (m. 29) o *castelo* (m. 37), frente a la alveolar gallega, la anaptixis vocálica en *quelina*, *quilina* “crin” que se practica en portugués y que —rarísima en gallego— sólo aparece en un punto, el 149, próximo a la raya fronteriza (m. 53). También el mapa 56 (*cuatro*) opone el gallego *catro* al portugués *cuatro*, pues los escasos testimonios de Kw— en nuestra región dudo que se puedan explicar como lusismos; desde luego no, los de la provincia de Lugo, que procederán de los dialectos castellanos o leoneses.

Del mismo modo, la situación actual de los dialectos internos del gallego obtendría una ilustración que hoy por hoy únicamente podemos apuntar, o recurrir a monografías no siempre existentes. Según el *ALPI*, la geada sólo se da en tierras de Galicia, pero aun en ellas la distribución geográfica dista mucho de ser uniforme en todos los mapas considerados; una vez más, la vieja aseveración de los romanistas: cada palabra tiene su propia historia. En efecto, el mapa 10 (*agua*) nos da una extensión del fenómeno por las provincias de La Coruña (virtualmente toda la superficie), Orense (mitad occidental) y Pontevedra (entera). En Lugo sólo hay algún punto aislado. Sin embargo, los mapas 11 (*aguijón*) y 12 (*aguja*) ofrecen una distribución diferente. Aún se complicaría más la cosa al encontrar la escasez de tes-

⁴ (*d*)*espido* también es port., pero lo que ahora resulta importante es que *nu* jamás se documenta en gallego.

⁵ Hablo siempre de esta región porque —en contigüidad geográfica con Galicia— es la que suscitará el comparatismo más eficaz.

⁶ La frecuencia de *blanco* (m. 25) es abrumadora en Galicia; los casos de *br-* son interiores —no fronterizos— en la región. No coinciden los hechos de manera literal en el caso de *clavo* (48), pero se ve bien que la distribución de *br-* en Galicia es ajena al hecho portugués.

timonios con [x] en palabras como *domingo* (m. 72), sólo recogida al N. de La Coruña y en algún punto de Lugo.

En el propio *ALPI*, el área del seseo se limita a las zonas occidentales de La Coruña y de Pontevedra⁷, pero puede verse que el fonema en posición final alcanza una neutralización que modifica la geografía del rasgo, pues abunda la —s en *cruz* (54), *diez* (70), dentro de áreas distinguidoras. Por otra parte, la no oposición *s* / θ hace que todo el N. portugués se enfrente —desde un punto de vista fonético— a la dualidad gallega e, incluso, que la distinción fonológica pueda enriquecerse con un rasgo más: la existencia de sonoras en port., que el gall. desconoce. Pero esto afecta a un nuevo problema: en nuestra región podrá oírse *cociña* o *cosiña*, mientras que en port. sólo *coziña* (con *s* sonora). Resulta entonces que el gall. opone una realización [s] o [θ] a la portuguesa, pero ambas se caracterizan por su sordez. Hay que ver el conjunto de las cuestiones: frente a Portugal con su —s— sonora intervocálica, toda Galicia tiene —s— sorda (m. 18: *asa*, 38: *causa*, y, añadamos, *couce*, 51, y *doce*, 71).

La alternancia *oi* ~ *ui* que el *ALPI* atestigua de una manera poco clara deberá estudiarse con mayor precisión. Pues si bien es cierto que *coitelo* (58) ocupa una franja central en los límites de La Coruña y Pontevedra, con salpicaduras dispersas por Lugo, no es menos cierto que *coiro* es general, frente a los *cuïro* de la costa centro-meridional de La Coruña y *couro* de alguna localidad pontevedresa.

Son escasos los materiales que el *ALPI* suministra sobre el paso de —ng— a —nk—, ya que el mapa 72 (*los domingos*) reduce la situación a una buena parte de Pontevedra y a un solo punto de La Coruña; pero —sin embargo— la extensión en esta provincia debe ser mucho mayor, al menos en el litoral, según he recogido en mis encuestas con pescadores de las áreas de Noya, Finisterre y Riveira.

Los pocos materiales publicados por el *ALPI* permiten ver —sin embargo— la posibilidad de identificar —dentro de Galicia— alguna zona de innovación lingüística. El mapa 19 (*avispa*) manifiesta como *véspera* o (*a*)*vespa* son sustituidos por *nespra* en el centro-occidente de la Coruña y en una franja estrecha del occidente de la misma provincia.

He aquí enumeradas unas cuantas cuestiones obtenidas de un Atlas general. Los materiales publicados no permiten muchas cosas y aun éstas distribuidas de manera harto heterogénea, ya que si para el seseo disponemos nada menos que de nueve mapas, los otros fenómenos sólo pueden ser estudiados en uno o dos. Por otra parte, la publicación de los materiales alfabéticamente nos deja —todavía— numerosas parcelas en penumbra.

Pero de lo que poseemos deducimos nuevas necesidades de investigación: cada uno de esos problemas apuntados, que no resueltos, exigen una rebusca en áreas de isoglosas, en la caracterización del gallego frente al portugués, en la complejidad de las hablas internas del gallego, etc., etc. Nada de ello se podrá aclarar con el *ALEPG* ni con el *ALE*, como no se puede llegar más lejos con el *ALPI*. Pero la misión de estas grandes obras se ha-

⁷ Mapa 27 (*brazo*). El fenómeno se puede seguir en los mapas 30 (*cabeza*), 39 (*cazador*), 40 (*cazuela*), 43 (*cereza*), 47 (*cinco*), 49 (*cocina*), 62 (*decirlo*) y 71 (*doce*).

brá cumplido: la llamada de atención está hecha, y es ahora la investigación sobre el pequeño dominio la que deberá agotar cada una de esas posibilidades.

Gallego y portugués, dialectos internos, son fenómenos de lingüística homogénea. Pero la historia peninsular de Galicia fuerza a otra serie de consideraciones de adstrato, lenguas en contacto, sociología lingüística, etc. Es decir, a problemas de lingüística institucional. También el *ALPI* puede darnos ahora una información preliminar.

Las relaciones con el castellano muestran la penetración de la lengua oficial, que —a veces— ha destruido la uniformidad del dominio.

Tal ocurre en el mapa 8: *avó* sólo aparece de manera asistemática, pues Galicia está ocupada por formas como *avolo* y *abuelo*, que han roto la situación antigua. Otro tanto cabría decir de *cana*, forma única del port., que hoy está muy constreñida en nuestra región y que —incluso— al aceptar derivados, los toma de dialectos centrales: *canaveira* es un falso galleguismo por *canavera* (<*vēra*) o como en asturiano, *cañavera*. Y, desde él, se explican *canavela* o *canivela* (cuatro puntos en total) (m. 35). La misma situación —áreas en trance de destrucción— presentan los mapas 37, 41, 44 ó 74, pues *castillo*, *ceñas*, *cerrollo*, *cerrojo* o *dulce* denuncian bien a las claras su origen. En efecto, frente a *castelo*, *sobra(n)sellas*, *ferrollo* o *dose*, la lengua oficial va imponiendo su norma⁸. No ocurre de manera distinta al encontrarnos mapas como el de *abrevadero* —muy incompleto— (m. 7), donde *pía*, *pío*, coincidentes con el port., sólo se oyen ya en La Coruña y occidente de Lugo; como *ferrón*, *ferrete*, *ferrote*, reemplazadas por *aguillón*, *agu-* en toda la provincia de Lugo, seis puntos de Orense, seis de Pontevedra y 9 de La Coruña (m. 11: *aguijón*), o como el de *ayunar* (21), donde el *jejuar* o cualquier otra forma con *J-* conservada ha sido sustituida por *ayunar* o *aunar*, castellanismos evidentes. También son muy incompletos los materiales allegados en el mapa 65 (*desbocado*) aunque la sustitución del léxico patrimonial por el castellano ha debido ser doble: tanto por la aparición de *desbocado*, cuanto por la de *desenfrenado*, con su —*n*— conservada frente al *desenfreado* de las hablas portuguesas.

Los resultados que he tratado de agrupar en esta ordenación son harto significativos, pero al intentar una recogida de carácter regional sería necesario proceder con un cuidado mucho mayor del que se ha hecho. No me refiero a problemas generales, como el de cuestionario, sino a los mucho más inmediatos de allegar la información. Tal y como está el *ALPI*, presenta numerosas dudas a las que atender. En nuestro dominio, resulta imprescindible conocer un verbo tan usual como *caer*, pues no se podría intentar una distribución aproximada de formas con los datos actuales, y menos su comprensión, pues hay castellanismos como *caer*, dialectalismos como *cayer*, formas patrimoniales como *caír*, pero en la provincia de Orense, siete de los 11 puntos investigados carecen de respuesta y falta ésta —también— en numerosas localidades de León y Zamora, que ayudarían a darnos una imagen real de los hechos.

⁸ En el mapa 41, habría posibilidad de distinguir entre *cellas* y *sobrecellas* y sus variantes, pero lo que resulta incuestionable es el avance del término castellano.

Esta falta de cuidado, que deberíamos desterrar para siempre, ha hecho que se presenten como muy incompletos los materiales gallegos del mapa 3 (*denominación de los hablantes*), y —lo que resulta increíble— los del 49 (*cocina*). Una palabra fundamental de cualquier léxico —*cocina*— sólo se ha preguntado en 19 de los 52 puntos investigados (ni una sola vez se ha recogido en Lugo) y sobre ella habría que hacer no pocas consideraciones fonéticas.

Hasta aquí la situación actual. Ahora hemos de ver cuáles son las tareas para el futuro. Es necesario organizar el Atlas Lingüístico de Galicia, pero con total autonomía de los que se proyecten —cualesquiera que sean— para el resto de la Península Ibérica. Y ello no por espíritu de campanario, que a nada conduce, sino por imperiosa necesidad científica. La geografía lingüística ha cubierto una serie de capas que han conducido a la situación actual: en principio el *ALF* de Gilliéron estableció unos fundamentos, que son los que el *ALPI* siguió; después el *AIS* de Jud y Jaberg revolucionó totalmente nuestros estudios, y mil causas de todo tipo nos mantuvieron a los españoles alejados de la innovación; ahora —con el prodigioso desarrollo de los atlas de pequeños dominios— nosotros no podemos permanecer ajenos a lo que la ciencia lingüística nos exige. Los Atlas de grandes áreas, llámense *ALPI*, *ALEGP*, *ALE*, tienen unos fines muy concretos: al abarcar grandes superficies de terreno, no pueden descender a la investigación pormenorizada, porque entonces se perdería la visión de conjunto. Son empresas de síntesis y no de análisis. Entonces se borran las peculiaridades terruñeras absorbidas por la pretensión de mostrar grandes cuadros en su totalidad. Pero esto —necesario, ineludible— no hace sino dar las grandes manchas de color, en las que aún no se pueden encontrar los detalles, ni los matices apurados. Es lo que nos denuncian los comentarios que he hecho sobre el *ALPI*: por muchos que sean los materiales que se alleguen por semejante procedimiento, nunca se agotan las posibilidades. Pensemos en la información sobre el seseo y la oposición fonológica *s / θ*: a pesar de que los datos son —numéricamente— suficientes, el problema no se puede interpretar de una manera correcta, pues no se puede plantear sobre una base cuantitativa sino en un extremo cualitativo. Si esto ocurre con un fenómeno abundantemente representado, ¿qué podemos decir de otros apenas si registrados? ¿Qué de alguno fundamental —oposición -ao / -án, por ej.— ni siquiera entrevisto?

Tal y como se ha venido haciendo, la geografía lingüística de los grandes dominios está superada. Hay que intentar la creación de unos instrumentos de investigación mucho más sutiles. Para ello se idearon los Atlas regionales. Pero el riesgo que amenaza a las nuevas empresas es su atomización, y contra ella hay que precaverse. En un futuro Atlas lingüístico de Galicia, no se podrá prescindir de todo lo que ya existe, para encontrar significado a lo que Galicia es. Por eso, la investigación tendrá que orientarse en un doble sentido: conexión con las obras realizadas (empleo de cuestionario común) y agotamiento de las posibilidades propias (cuestionario muy característicamente regional). Esto nos enfrentará de una manera inequívoca con la realidad: de una parte, agrupación dentro del gran conjunto pe-

ninsular, románico o europeo; de otra, caracterización individualizadora. O, si se prefiere, con otras palabras: agrupación y diferenciación.

Para llevar a cabo la empresa, hay que tener en cuenta lo ya hecho: en las grandes obras de cartografía lingüística, en los estudios monográficos, en los análisis pormenorizados de las hablas locales. Tarea de síntesis antes de llegar a ese cuestionario ideal del que dependerá el buen o mal resultado de la obra futura. Porque, pensemos en dos testimonios que con fines distintos he glosado en otra ocasión: en un Atlas de un dominio muy extenso, la Península Ibérica pongo por caso, carece de sentido la investigación del mayal, pero no se podrá prescindir de él al estudiar el NO. peninsular; cuestión paralela a la que el *ALF* vino a plantear al introducir una sola pregunta sobre el *fléau*, pero que han suscitado muy de otro modo los Atlas regionales franceses con la proliferación de sus mapas sobre las piezas que componen el instrumento. Más notable es —y desciende a pormenores de nuestra patria— el análisis del carro: en el *ALPI* hay una serie —muy abundante— de palabras referidas a las piezas de este medio de transporte. Pero se ha olvidado algo fundamental: como resultado de un concurso militar (1848) se extendió por toda la Península el carro catalán, pero no toda la Península es uniforme en este procedimiento de transporte: queda —sobre todo— la enorme variedad de carros del NO. ibérico —Asturias, montañas leonesas, Galicia, Portugal— que exigen una investigación totalmente distinta a la que el *ALPI* puede proporcionar con los cuestionarios actuales. Es precisamente la realidad regional quien nos deberá orientar en la selección de las cuestiones, tanto para que se obtengan los mejores materiales, cuanto para evitar las pérdidas de nuestros esfuerzos. Y una vez más, tengo que volver a los datos que maneó, muy ilustrativos de lo que ahora nos atañe: un Atlas de Galicia deberá inspirarse en la propia realidad de Galicia, para que no ocurra como en el *ALPI* —e insisto en la parvedad de los materiales disponibles— que no se pueden cartografiar —por inexistentes o poco frecuentes— los resultados regionales de preguntas como *cántaro* (mapa 34), *cepa* (42) y *cuévano* (60).

Y dentro de este cuestionario habría que incluir una realidad totalmente olvidada por el *ALPI*: el mar. Esto nos lleva a un mundo distinto con problemas paralelos a los que ahora comento, pero de realización totalmente diferentes. La Fundación Giorgio Cini, de Venecia ha llevado a cabo un gigantesco *Atlas Lingüístico Mediterráneo*, ahora en trance de impresión. La obra afecta —sólo— al mundo del mar, y sus resultados —desde Odesa al Algarve— han de ser espectaculares. Nuestras costas en el *ALM* sólo estarán representadas por los dominios catalán y andaluz. Hay que recorrer todo el perfil de nuestra piel de toro para que cobre sentido cabal la lengua y la etnografía. Esto nos ha dado —ya— una experiencia de trabajo que debe aplicarse a Galicia. Porque Galicia está presente en ese otro Atlas de los marineros peninsulares, pero las limitaciones que se pueden formular a la tarea son del mismo tipo que las ya denunciadas: al comparar las casi mil palabras del *ALM* con la cultura de las gentes de estos mares nos encontramos con las dificultades de siempre, reducidas ahora a un nuevo ámbito de “palabras y cosas”: Atlántico y Mediterráneo son realidades diferentes —seres marinos,

arquitectura naval— a las que hay que atender de modo también diferente. Pero hay más, publicada ya la *Nomenclatura oficial española de los animales de interés pesquero*, y discutida tanto en sus planteamientos teóricos cuanto en su realización inmediata, Galicia dispone de unos inventarios ictiológicos que la caracterizan en el conjunto de la marinería peninsular, pero posee unos repertorios —todo lo inseguros que se quiera— para contrastar su léxico con el de las otras costas de la Península. He aquí una guía para una parte del cuestionario que suele desatenderse pero, no lo olvidemos, es sólo una parte: habrá que elaborar todo lo que concierna a la arquitectura naval, artes de pesca, etc., sin olvidar cuánto significa Galicia en ese mundo tan mal conocido. Basta recordar para que entendamos el valor de la región, que la NOE ha generalizado el término gallego —frente a los castellanos— para designar a los *berberechos*, *mejillones*, *nécoras*, *zamburiñas*, *santiaguños*, *vietras*, etc.

Debo ahora recoger algo que de pasada ha quedado aludido con anterioridad. Galicia ofrece un campo sumamente interesante para el estudio de las relaciones de lengua y sociedad. El futuro Atlas de la región deberá atender a estos problemas, si es que quiere penetrar hasta los entresijos de la realidad del país. Cuando el ALPI se proyectó, se hizo bajo una ortodoxia gilliéroniana, superada ya en su tiempo. Ahora vemos cómo se necesita estudiar de otra manera, y también entonces, los materiales del ALPI nos han sido muy útiles para enfrentarnos con estos problemas.

La investigación con un solo informante no podrá generalizarse a todo el dominio. En Galicia —donde tantas veces falta una norma uniformadora— los problemas de poliformismo asaltan por doquier. El hablante que pronuncia *ei* un momento más tarde dice *ei* o *ei*; se oirá indistintamente *fornelo* o *furnelo*, *aparello* o *ajuya* 'aguja', *lus de San Telmo* o *lú de San Telmo*. No podemos olvidar estas diferencias —por asignificativas que que muchas veces puedan parecer— pues en ellas va implícita la marcha del sistema. Problema complejo, porque nos obligará a un sistema de transcripción —que deberá ser impresionista—, a una valoración de los hechos fonéticos en sí mismos y su intencionalidad significativa (fonología) y, a su vez, a entender todas estas realizaciones dentro del contexto social en que se producen. Porque poliformismo es inestabilidad, e inestabilidad significa falta de norma. De ahí que, cuando nos enfrentemos con la realidad del habla viva, estaremos manejando un instrumento sutil, movedizo e inestable, tanto más movedizo e inestable cuanto más lejos nos encontramos de las nivelaciones académicas. Y este ha de ser otro problema al que debemos atender: las clases populares son mucho más dinámicas —lingüísticamente hablando— que las que ocupan los niveles más altos. Surgirá entonces la necesidad de analizar las oposiciones basadas en niveles socioculturales, algo que se marginó en los planteamientos de Gilliéron y que —sin embargo— es uno de los caballos de batalla de la lingüística de nuestro tiempo. Porque en esos procesos inestables, en la inseguridad en el manejo del instrumento, están las ultracorrecciones y el poliformismo, sustento de toda innovación lingüística. Pero —desde otro punto de vista— todo ello no es otra cosa que coexistencia de realizaciones de un sistema carente de norma

única; ahora bien, la lengua no puede mantenerse durante siglos en una situación inestable: cualquier inestabilidad llega a una nueva nivelación. Tal es el problema. Desde un punto de vista social, hay que enfrentarse con la dificultad de estudiar las ciudades: focos de irradiación pero en la movilidad moderna, también focos de recepción lingüística. Centros de nivelación, frente a la innovación caótica; centros de innovación, frente al estatismo rural. Desgraciadamente, el *ALPI* no tuvo en cuenta ni un solo centro cultural; cuando se proyecte el Atlas de Galicia, deberá estudiarse no sólo las capitales de provincia, sino esos grandes centros culturales y económicos que son Vigo o Santiago, El Ferrol o Tuy, estudio que exige una metodología distinta, aplicada ya a Nueva York y París, a Chicago o Las Palmas de Gran Canaria.

Y estamos siempre dando vueltas a esos pocos materiales de que disponemos. Unas veces para entrar dentro del mundo que nos anuncia el portillo entreabierto; otras, para practicar nuevos accesos. Porque las relaciones de lengua y sociedad no acaban con el establecimiento, en lingüística, de lo que pueden ser los niveles sociales. Al lamentar la falta de cuestiones marineras en el *ALPI*, evidenciábamos ya una pretensión sociológica: la oposición —no sólo por la vida que practican, sino por su comunicación lingüística— de pescadores y campesinos. En otros sitios, investigaciones de este tipo han sido muy fructíferas, ¿por qué no aquí?

De cualquier manera, oposición de grupos, oposición de sexos, oposición de generaciones, crean una especie de mestizaje en el interior de la propia lengua. Acaso por su sutileza más difícil de analizar y menos estudiado. Pero esa coexistencia de elementos no es otra cosa que un aspecto más del problema de lenguas en contacto, tal y como estudió Weinreich. Y este contacto lingüístico sí que ha sido denunciado por el *ALPI* al mostrar en sus mapas el resultado de la colisión entre gallego y castellano.

He aquí una larga tarea que cumplir, y he aquí un método —el de la geografía lingüística— que puede dar frutos portentosos en un plazo de tiempo que tenemos bajo nuestros ojos. Y, a través de la cartografía lingüística, se puede asaetear el terreno de otros muchos aspectos de la vida del lenguaje: su historia, su vinculación al mundo material, su creación espiritual, su carácter social, su conexión con otros sistemas, su propio funcionamiento interno. No se trata de un método exclusivo, sino del que —hoy por hoy— ha aportado más posibilidades al estudio exhaustivo del lenguaje. Pero para lograrlo, es necesario descender a unas realidades concretas: el lugar, el tiempo y el modo. Después de manejar datos y teorías veo que la realización de un *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Galicia* sólo será eficaz si se tiene en cuenta la situación de la que he llamado la tercera etapa de la geografía lingüística. Y entonces vemos que —con independencia de otras obras de conjunto a las que no se debe renunciar— la tarea inmediata y asequible, es la de preparar un cuestionario válido para la región; llevar a cabo una recogida de materiales exhaustiva; penetrar hasta los últimos rincones de cada pueblo y del alma de cada individuo. Sólo entonces se podrá hablar de esas realidades científicas que son la ordenación y la caracterización y, como en los tiempos de Vossler y su escuela, el alma de Galicia se habrá proyectado en el más fiel de los espejos: su propia lengua.